

Todo podrá ser; pero sus versos y novelas no le producen lo que una mesa á un carpintero. . . .

Está condenado á vivir eternamente pobre, supuesto que es poeta; pero como su carácter es suave y benigno, se conforma con poco, no repara en que su levita está raída, y se tiene por dichoso cuando saborea una taza de café y contempla los anillos de humo que ascienden lentamente al desprenderse de su tabaco.

Con salir al campo á admirar la naturaleza, tiene lo suficiente: este *pobre* es de los menos desdichados.

Más allá está aquel hombre lleno de erudición y de mundo; ha viajado, visto, estudiado y comprendido mucho. Es el tipo de los hombres útiles; y sin embargo. . . le sorprende una enfermedad, y tiene que encerrarse en un humilde cuarto desmantelado, triste y frío, adonde penetran los vientos y la lluvia. Está solo, no tiene familia, ni puede formársela porque es pobre. . .

Por diversos modos se sufre cuando se carece de los elementos pecuniarios. Conozco á un joven chispeante, alegre y vivaz; que es el mismo regocijo y que parece haber nacido para ser feliz y hacer felices á los que lo rodean, con sus sales oportunas y bellissimo carácter; pero le falta el dinero que da la independencia y las comodidades, y vive, por tanto, lleno de contradicciones. Su *medio ambiente* debieran ser los placeres, el lujo, el campo y los salones, la libertad y la magnificencia.

Obligado á vivir pobremente de su trabajo personal, es una mariposa atada, una luciérnaga aprisionada en el tocado de una dama: brilla, pero siente morir lentamente.

Cerca de mí han estado otros dos jóvenes prudentes y reservados, que tienen de común el vivir lejos de su

familia, por obligarlos á tanto su situación pecuniaria: viven entregados á penosos trabajos, y se revela en su semblante la tristeza que llevan en su alma. Tal vez carecen de mil cosas necesarias; tal vez serían felices con lo que un rico gasta en un solo día, en un sólo instante, en cosas por demás superfluas y deleznales.

Pero los ricos que invierten sumas fabulosas en contentar un vano capricho, no son capaces de hacer el más pequeño esfuerzo por remediar las necesidades de un desvalido.

Darán una onza por una flor que estará marchita pocos momentos después; pesarán en oro á quien les devuelva el perro que se había extraviado; pero el anciano, la viuda ó el huérfano que se acerquen á pedirles un socorro, serán despedidos por ellos con enfado.

Conozco, por último, á algún otro que está por ahí, serio, mudo y huraño, sentado junto á la mesa del trabajo, que no quisiera abandonar jamás, por temor de que le llamen holgazán.

Habla pocas palabras y desearía no tener que articular ninguna. La algazara, el bullicio y la alegría de los otros, le hacen daño.

Huye de la sociedad, antes que ésta huya de él: se siente condenado al aislamiento, y se resigna.

Lleva en su propia constitución, en su propio carácter, la causa determinante de sus sufrimientos y de su desgracia. Podría creérsele un misántropo, y sin embargo, sufre por las desgracias ajenas, como por las propias.

Su vida ha sido una cadena de sufrimientos físicos y morales. Vive pensando y sintiendo: ni su cerebro ni su corazón descansan jamás. Sus sentimientos y sus pasiones son reconcentrados y terribles; producen conmo-

ciones interiores que alguna vez estallan como erupciones volcánicas.

Su mayor delito ha consistido en amar con frenesí, con locura, con delirio; pero no tiene derecho de amar, porque es pobre. El rico manda, y el pobre sufre humillaciones, burlas y desprecios.

En sus negras noches de tribulación y de insomnio, ha oído los ecos de las fiestas en que la mujer amada se entregaba al regocijo y recorría los salones en vertiginoso vals, en brazos de otro hombre; ecos que llegaban hasta su miserable tugurio, para insultarle, desgarrarle el corazón con implacable furia, abofetearle, escupirle á la cara, y prorrumpir después en irónica carcajada

Y no tiene desahogos ni consuelos; pasa las lentas horas de su amarga existencia, víctima del desaliento, cuando no de la desesperación. Su salud se va minando lentamente; su cerebro está fatigado, aniquilado casi, y su corazón adolorido y sangrado.

Tiene aspiraciones que él juzga nobles y legítimas; pero la razón le dice que debe sofocarlas, comprimirlas, matarlas para siempre. Su voluntad y perseverancia para el trabajo son inquebrantables; y sin embargo, no puede llevar á su familia cuanto ha menester Y tiene que callar y manifestarse sereno, porque hay sentimientos en el corazón del hombre que no deben asomar á la cara, y lágrimas que no tienen derecho de brotar á los párpados . . . !

¡Y no poder arrancarse el corazón á pedazos!

Alguna vez la idea del suicidio ha penetrado como rayo de luz en los oscuros antros de su conciencia; pero . . . no puede ser; no se pertenece: es el único sostén de su anciana madre!

¡Desdichado mortal á quien el cielo no ha concedido ni siquiera el descanso de la tumba

*
* *

Pero ¡qué torpe soy! He acabado por dar colorido de tragedia á lo que no debió ser sino sainete!

Olvidaba que á los escritores de literatura dominiguera nos sucede lo que á los *clowns*: se presentan á veces en el circo con el alma rebosando amargura, y sin embargo, tienen que hacer reir al público . . . !

Pido perdón y prometo la enmienda.

PERICO EL DE LOS PALOTES.

COSAS QUE HACEN FALTA.

LA MEMORIA.

Bueno será advertir ante todas cosas, para que los lectores no se alarmen al leer el epígrafe que acabo de trazar, que no es mi ánimo escribir *una serie* de artículos sobre LA MEMORIA.

Quien tal hubiere creído, absuélvame desde luego de tamaño pecado; pues si bien es verdad que en mi charla del domingo anterior, me propuse hablar del tema que, si Dios quiere, lo va á ser de la presente; también lo es que al poner punto á aquella, advertí con gran sorpresa que había hablado de *memoria*, pero no de *la memoria*; así que para enmendar la plana, *tomo hoy la pluma* (frase sacramental) para demostrar que la me-

moria es una de las cosas que hacen falta. Digo, si es que no se me olvida demostrarlo.

Y después de todo, eso de escribir series de artículos sobre tal ó tal asunto, es cosa que tiene cuenta, porque á la postre se coleccionan los artículos, se hace de ellos una edición especial y, andando el tiempo, puede el articulista agregar á los demás títulos que posea, y que por supuesto nunca faltan, el muy rumboso de *autor de varias obras*, después del cual no dejará de escribir unas dos ó tres etcéteras.

Así, por ejemplo, sé de un amigo mío que va á dar á la estampa, con todo el lujo posible, una serie de doscientos y tantos editoriales que escribió en cierto diario político, sobre la "necesidad de poner un correctivo á los abusos que cometen los cocheros"

Pero no quiero divagarme, que me pudiera suceder lo del domingo anterior, y eso sí que sería imperdonable.

* * *

Supongamos que ha dado á usted una cita su prometida, para las diez de la noche *en punto*, y que por estar jugando carambola en Iturbide ó tomando helados en la Concordia en sabrosa charla con sus amigos, se olvida usted de todo, inclusive su adorado tormento; se pasa la hora fijada, otra más, y por fin repara usted (lo digo en el mejor sentido de la palabra: conste) en su olvido, y exclama:

—Santo Dios! y María que estará esperándome desde hace una hora. ¡Qué memoria la mía!

Las últimas palabras coinciden con una palmada en la frente, dada como con el deseo de castigar á la perezosa memoria que, según dicen habita por aquella re-

gión; tira usted el taco ó aparta el platillo de la *carlota*, se despide de sus compañeros con un "hasta luego" automático, y se saldría bruscamente sin pagar lo que debe, cosa muy natural en un desmemoriado, á no ser porque el mozo es bastante cortés para salirle al encuentro y advertirle de su olvido.

Se encamina usted á la casa de su dueño adorada, pasa varias veces por la acera, tose y vuelve á toser con toda la fuerza de sus pulmones, y nada. . . . la ventana permanece obstinadamente cerrada, no se advierte luz por las hendeduras, reina en el interior el silencio más profundo.

El día siguiente va usted, y lo mismo; toma informes con la criada y ésta le dice que la niña está muy mala, que toda la noche estuvo llorando, que amaneció pálida, con ojeras y desgana, y, por último, que la señora grande le entonó un sermón en éstos ó semejantes términos:

—¿Ya lo ves? ¿no te decía yo que ese hombre se estaba burlando de tí y que á lo mejor te había de dejar con un palmo de nariz? Tú nunca quieres hacer aprecio de mis consejos, y así te ha de ir. ¡Dios no lo quiera, pero ya verás!

Poco después recibe usted una carta de la respetable señora su presunta suegra, en la que le pone como chupa de dómine y acaba por amonestarle que si no se casa pronto con su hija, lo avisará al papá de la niña, que es muy delicado, para que haga uso de sus derechos de padre.

Conque, vuelva usted á olvidarse de las citas amorosas, y ya tendrá para rato con las consecuencias.

*
* *

Otro caso:

Un desdichado mortal se ha visto en la dura necesidad de enviar al Nacional Monte de Piedad (*necesidad, Piedad*; ya estoy aprendiendo á hacer versos, y ésto es un mal síntoma), ó, lo que es cincuenta veces peor, á la casa de un prestamista *sin piedad*, varias prendas en el orden siguiente: primero, el solitario que sirve indistintamente para colocarse en un anillo ó en el fistol de la corbata; después la caja de pistolas, porque al fin y al cabo no se está uno batiendo todos los días, aunque en estos buenos tiempos. punto en boca; en seguida los aretes y el prendedor de la señora, para lo cual hay que decirle que van á llevarse á la casa del joyero con el objeto de que los reforme con arreglo á las prescripciones de la moda; pasados algunos días, marcha por el mismo camino el reloj de bolsa y luego el de la sala, para que los componga el relojero por supuesto; después desfilan sucesivamente el piano, la máquina de coser; los libros, etc., etc., hasta llegar al sobretodo.

Y bien, pasa un mes y otro mes, y como la memoria es tan frágil, no se acuerda nuestro hombre de refrendar á tiempo las boletas de empeño, y cuando se presenta á hacerlo, le exigen que pague los réditos de los réditos de los réditos, con más los derechos de valúo, y además el cinco por ciento de no sé qué, y el veinticinco de no sé cuándo. Esto, si no le contestan que la prenda se ha rematado ya, prenda que será tal vez el anillo que le regaló su esposa cuando eran novios . . .

Pero doblemos esta hoja, que el asunto es demasiado triste para quien tiene dolorosa experiencia personal . . .

*
* *

La costumbre, tan generalizada hoy, de pronunciar discursos y brindis improvisados, reclama grandes esfuerzos de memoria. De memoria, sí, porque naturalmente esos brindis y discursos se componen y escriben por lo menos ocho días antes, con el objeto de poder improvisarlos en el momento oportuno, lo cual no puede negarse que demuestra mucha previsión.

Y ¡ay de aquél que tenga la desgracia de perder á lo mejor el hilo de su peroración! Comerá camote, como dice el vulgo, toserá, se llevará el pañuelo á la frente para limpiarse el sudor y sosegar su agitación, y tomará el cielo con las manos; pero nada de esto podrá impedir que el auditorio comprenda lo que pasa y todos se sonrían maliciosamente!

En la tribuna sagrada hay más recursos para salir del paso en semejantes apuros, porque en el momento en que la memoria comience á ser infiel, como lo son todas las mujeres (excepto las que no lo son), puede hacer una pausa el orador, volverá la espalda á sus oyentes, (cosa que sólo á ese género de oradores es permitida), so pretexto de *lubrificar* la garganta con un trago de vino, tomará el vaso de sobre el platillo que le presenta el acólito, se bajará luego de manera que lo cubra por entero el púlpito, y así podrá sacar de entre los pliegues de la sotana el borrador del sermón, para recordar el pasaje interrumpido y seguir conmoviendo á sus oyentes.

Pero aun tratándose de homilias, es fatalidad perder la memoria de lo que se tenía pensado decir, sobre todo si esa facultad nos abandona, quiero decir, aban-

dona á los señores eclesiásticos en el momento histórico en que, con arreglo á su plan oratorio, debieran hacer llorar á los fieles "hermanos míos"

*
* *

Todos los comediantes, inclusive los del kilómetro, harían seguramente lo que la Compañía Emanuel, es decir, representarían sin apunte, siempre que no les hiciera falta la *memoria*. aunque, á decir verdad, pienso que en el mismo caso se encuentran con relación á las demás potencias del alma: el *entendimiento* y la *voluntad*.

Los chicos de las escuelas no recibirían tantos palmetazos y coscorriones, de conformidad con la máxima: "la letra con sangre, etc.", que por más que se juzgue anticuada, está en pleno vigor en casi todas nuestras escuelas; no les sucedería tal cosa, repito, si en el momento de dar la lección no los desampara la memoria.

En una palabra, si esta falible facultad, en vez de veleidosa, flaca é ingrata, fuera constante, robusta y fiel, disminuirían por ese mismo hecho, en un cincuenta por ciento lo menos, las barbaridades en que incurre la especie humana y los contratiempos que la afligen. De ese modo no se hubiera olvidado Edisson de su mujer en la noche misma de sus bodas; el *Chalequero*, de los mandamientos quinto y siguiente; los Sres. Agüeros, Díaz de la Vega y otros, de que existe la *psicología*; Lee-Cook, de que todo llega á saberse, ó sea de que "para mentir y comer pescado, se necesita etc."; el Ayuntamiento, de que tiene deberes que cumplir; los deudores crónicos, de que aun existen sobre la tierra los hijos de la nebulosa Albión; ni el Sr. Terrazas, de aquel prolo-

quio popular: "no te pongas con los poderosos, porque pierdes á medias. etc."; ni un servidor de ustedes, de que debió poner punto á este artículo muchos años há, tal vez antes de comenzarlo.

PERICO EL DE LOS PALOTES.

EL SENTIDO COMÚN

Sin ponerme en contingencia de faltar á la verdad, puedo asegurar, bajo palabra de honor, que todos y cada uno de mis lectores habrán sufrido más de una vez la contrariedad que se experimenta cuando estamos entusiasmados disertando sobre tal ó cual asunto que nos agrada ó interesa, y repentinamente se levanta nuestro interlocutor, se despide y se marcha indiferente dejándonos con la palabra en la boca, que es decir con un palmo de nariz. . . .

Pues bien, esa misma contrariedad sentí la semana anterior cuando, al estar escribiendo sobre la *vergüenza*, quiero decir, acerca de ella, llegó el señor Director de *El Universal* y me dijo secamente:

—Basta ya; el artículo de usted hace más de una columna y el público no gusta de artículos *kilométricos*.

Kilométricos. . . . Confieso que no me hizo gracia el calificativo; porque decir kilométricos vale decir *del kilómetro*, y me parece que artículos del kilómetro corre parejas con *artículos de la legua*. . . . y esto sí que es demasiado grave.

No sé hasta qué punto mi modo de discurrir será

comparable al de aquel famoso *deduccionista* á quien saludaron una ocasión:

—“Adiós, amigo mío!”

Y quedóse pensando: *amigo mío!* . . . si yo no soy su amigo . . . *Miau!* dice el gato, el gato se come al ratón, el ratón se come el queso, el queso es de leche, la leche de vaca, y la vaca tiene cuernos: luego este prójimo me quiso decir . . . ¡qué horror! . . .

Y se llevó las manos á la cabeza . . .

Pero, sea como fuere, ello fué que sentí, vuelvo á decirlo, una gran contrariedad cuando me cortaron tan intempestivamente mi artículo, bien así como se corta una hebra de hilo de un solo tijeretazo, ó como cuentan que lo hace la biliosa Parca con el hilo de la existencia humana, por medio de su feroz guadaña (la de la Parca se entiende).

Y me puede que así haya sido porque nada alcancé á decir de los periodistas que viven de socaliña, de los no periodistas que fingen tener el carácter de táles para que se les conceda paso franco en las diversiones públicas y gozar algunos otros beneficios, de los aspirantes obcecados que reclaman para sí empleos y comisiones que no sean capaces de desempeñar, de los empleados que cobran puntualmente su sueldo y pasan la vida en eterna holganza, de los idem que, sin tener bienes propios, ganan como uno y gastan como cien, y compran casas, y no tienen embarazo en lucir por todas partes los brillantes, los carruajes y los soberbios troncos; de los maridos que al ascender por el empinado Calvario de la vida matrimonial, no rehusan los auxilios de un Cirineo, de los . . . en fin, de todos los demás sujetos á quienes fué negado el don de la vergüenza, ó que, si

no les fué negado, ellos lo rechazaron como pesada y estorbosa carga.

No pude hincar en ellos los dientes de mi pluma; pero ¡qué vamos á hacer! fuerza es cambiar de tema, y para hoy me ha gustado éste: EL SENTIDO COMÚN.

Me gusta, sí, aunque es un individuo á quien conozco muy de lejos y apenas si le he saludado.

Pero como en ese mismo caso se encuentran muchos ciudadanos á quienes conozco muy de cerca, y no profeso el principio de *mal de muchos . . . consuelo de . . . etc.*, me da risa el empeño que se muestra en hacer creer que el tal sentido es *común*, cuando, bien visto, es el más raro de los sentidos.

Si fuera común opino que en todas partes le encontraríamos, y, lejos de esto, creo que en cualquiera podemos notar su ausencia.

Hagamos la prueba.

¿Dónde quieren ustedes que le busquemos?

“¿A dó iremos á buscarlo?”

El que quiera ir á donde yo, ármese de paciencia y sígame.

Desde luego pasaremos á la imprenta, pues desde que soy *periodista*, cosa que todavía no me resuelvo á creer, tengo costumbre de hacer frecuentes visitas al establecimiento tipográfico de *El Universal*.

Pasen ustedes por aquí y tomen asiento.

No tengo inconveniente en mostrarles estas *pruebas* que fueron corregidas hace algún tiempo y han quedado archivadas: aquí podemos encontrar muchas lindezas.

Por ejemplo, vean ustedes ésta: un compañero mío escribió:

“El soldado debe *empuñar* la espada en defensa de las autoridades” . . . y el *cajista* puso: